

Entrevista con Ian Kershaw, biógrafo del *Führer*

Carlos Alfieri

Se trata de una obra verdaderamente monumental: más de 1800 páginas componen el *Hitler* de Ian Kershaw, cuyo segundo tomo, que abarca el período 1936-1945, ha publicado recientemente en castellano Ediciones Península. Su autor, que viajó a España para presentarlo, es un afable y reposado profesor de Historia Moderna en la Universidad de Sheffield y una de las máximas autoridades mundiales sobre Adolf Hitler y el nazismo.

Hay una prestigiosa tradición británica de trabajos biográficos anclada en el rigor, la minuciosidad y el equilibrio. Con su arrolladoramente exhaustivo estudio acerca del caudillo nazi, que algunos especialistas consideran definitivo, Kershaw ha pasado a integrarla. Su logro no es un fruto aislado sino la consecuencia de una labor intelectual consagrada al análisis del totalitarismo germano, que fue aportando, de manera escalonada, otros libros importantes: *Opinión pública y disidencia política en el Tercer Reich* (1987); *Weimar: ¿por qué cayó la democracia alemana?* (1990); *Hitler, un perfil de poder* (1991); *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación* (1993); *Estalinismo y nazismo: dictaduras comparadas* (1997). Además, fue asesor histórico de la serie de la BBC *Los nazis. Una advertencia de la historia*, que obtuvo un enorme éxito y conquistó el premio BAFTA 1998.

—¿Qué elementos innovadores considera que aporta su monumental biografía de Hitler con respecto a las muchas otras existentes?

—Hay en ella tres tipos de elementos novedosos. En primer lugar, he utilizado mucha más fuentes que las empleadas en las biografías anteriores a la mía. He trabajado con nuevos materiales: la edición completa de los *Diarios* de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda de Hitler, constituye uno fundamental, puesto que es la obra de una persona muy cercana al *Führer* y que escribía un comentario casi cotidiano sobre las actividades de éste. En segundo lugar, he consultado las numerosísimas investigaciones que se han realizado en los últimos 25 años acerca del Tercer Reich, centradas, sobre todo, en sus políticas genocidas. Por último, he adoptado en

mi estudio una nueva perspectiva, tratando de ver a Hitler a través de la sociedad alemana. Me he preocupado en indagar sobre cómo Hitler alcanzó el poder articulando siempre su figura en el contexto de la sociedad de su época.

—¿Cómo caracterizaría el papel que cumplieron las clases sociales alemanas en el ascenso de Hitler al poder?

—Si empezamos por la clase obrera, que fue en realidad la menos responsable de que Hitler alcanzara el poder, debemos decir que se sintió atraída por el *Führer*, como también lo estuvo por los partidos socialdemócrata y comunista. Pero en 1933 una tercera parte de la clase obrera alemana estaba en contra del líder nazi.

En cuanto a los grupos sociales y los partidos más conservadores, ya en 1932 se registró un aumento del apoyo que dieron al partido nazi. Estos grupos buscaban una solución autoritaria que excluyera a la democracia y vieron en Hitler a la persona que podía lograr ese objetivo, por lo que decidieron ayudarlo, sin tener en cuenta que podría representar una gran amenaza a largo plazo.

—¿Se puede decir, entonces, que la burguesía alemana fue la responsable directa de la toma del poder por Hitler?

—Sí. Pienso que sí.

—La figura de Adolf Hitler ha sido objeto de múltiples intentos de abordaje psicoanalítico, a veces triviales. ¿Reconoce ingredientes psicopatológicos en la personalidad del Führer? En caso afirmativo, ¿cuáles son, qué relación tienen con su trayectoria política y por qué fueron tan bien acogidos por la sociedad alemana?

—No creo que Hitler sufriera de ninguna enfermedad mental, por lo menos en un sentido estrictamente clínico, tal como lo entendemos hoy en día. Sin embargo, es verdad que no era una persona normal y corriente: proyectaba una sensación de vergüenza y de fracaso. Pertenecía a un tipo de personas que normalmente son considerados algo excéntricas. La actitud de estas personas se refleja externamente y, según la clase de respuestas que reciben del medio, su carácter obsesivo puede extenderse y empeorar. Existía una diferencia notoria entre cómo se consideraba Hitler a sí mismo y la imagen que proyectaba a los demás. Él se sentía un fracasado, pero

proyectaba una imagen de omnipotencia, de poseer más capacidades que las que tenía en realidad. Cuando era niño quería ser artista o arquitecto, pero esto constituía un mundo de fantasía para él. En rigor, fracasó totalmente, no logró lo que quería y, de hecho, acabó en Viena en una casa para pobres y marginados sin trabajo.

Este cuadro correspondía hasta cierto punto a la sensación imperante en Alemania como país en aquel entonces, guardaba similitudes con la psicología de los alemanes tras la derrota que experimentaron en la Primera Guerra Mundial. Antes había existido mucho orgullo nacional, grandes ambiciones, pero esto ya no respondía a la realidad. El sentimiento de pertenecer a un pueblo superior al que le estaba reservado un gran destino en Europa, que se percibía en muchos alemanes, se había trocado por una situación de humillación nacional, de derrota, de fracaso. Con su carácter excéntrico, Hitler pudo encontrar un público adecuado en Alemania, pudo conectar con él y así transitar el camino hacia el poder.

—¿Existía alguna base objetiva en el interior de Gran Bretaña que alentara la tenaz esperanza del Führer en la neutralidad de ésta ante la invasión alemana a Polonia e incluso en una futura alianza con los ingleses?

—Tenemos que ver esto como un proceso gradual en el que las percepciones mutuas fueron cambiando poco a poco, es decir, la percepción que tenía el Reino Unido de Hitler y viceversa. En primer lugar, existía la idea de que se podría crear una alianza, una colaboración entre el Reino Unido y Alemania, pero ya en 1937 esta idea había desaparecido, sobre todo debido a la actuación diplomática de von Ribbentrop ante el gobierno británico. Pero realmente, en aquel entonces se tenían pocos conocimientos en el Reino Unido acerca de Hitler como persona, hasta que se empezó a verlo como una posible amenaza, como un peligro. Luego vino el acuerdo de Munich, de octubre de 1938, merced al cual parte de Checoslovaquia —el territorio de los Sudetes— pasó a formar parte de Alemania. En ese momento el *Führer* seguía considerando al Reino Unido y al resto del mundo occidental como un conjunto de países débiles que no iban a hacer nada contrario a sus deseos. En consonancia con esa concepción, pensó que el Reino Unido le permitiría anexionarse Polonia sin ningún problema, como ya lo había hecho con Checoslovaquia. Cuando en marzo de 1939 las tropas alemanas ocuparon Praga, empezaron a cambiar en Gran Bretaña las opiniones que se tenían sobre Hitler, y el gobierno, que ya lo veía como un peligro real, ofreció a las autoridades polacas una alianza ante la posible invasión de su territorio por parte del Reich. Al producirse esta invasión,

como es sabido, los aliados declararon la guerra a Alemania. Obviamente, fue durante la guerra cuando la situación cambió por completo.

El último punto a considerar es que después de que Alemania triunfó sobre Francia en el verano de 1940, todavía no estaba muy claro si el Reino Unido llegaría a un acuerdo con Hitler o no. Parte del gobierno británico quería llegar a ese acuerdo, y era Lord Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores, quien más empeñado estaba en lograrlo, mientras que Churchill estaba en contra. Fue éste, en el verano de 1940, el factor decisivo que lo impidió.

–En su biografía de Hitler usted destaca la especificidad –lo que llama «licencia para la barbarie»– que asumió la guerra de la Alemania nazi contra la Unión Soviética. ¿A qué la atribuye?

–Debemos remontarnos a la ideología ya manifestada por Hitler en los años 20 para encontrar el origen de esta especificidad. Hay en ella tres puntos muy importantes. En primer lugar, quería que Alemania se convirtiera en la nación más fuerte de Europa y, eventualmente, del mundo. En segundo término quería más espacio *vital* (según él lo denominaba), es decir, expansión territorial para su país y pensaba conseguirlo a costa de la Unión Soviética. Por último, quería exterminar a los judíos. En 1940 estos tres objetivos principales se convirtieron en uno solo: destruir a la Unión Soviética al año siguiente.

A través de la realización de este objetivo el caudillo nazi pensó que obtendría la hegemonía definitiva de Alemania en Europa y el consiguiente triunfo en la guerra, a la vez que el tan deseado *espacio vital*. Asimismo, se desharía de los judíos, a quienes consideraba ante todo un poder bolchevique. Por todo ello el ataque a la Unión Soviética debía ser mucho más feroz que cualquier otra guerra librada antes por los alemanes. La guerra contra los soviéticos era un combate ideológico que incluía el exterminio y llegó al genocidio.

–Usted se muestra renuente, en tanto historiador, a emplear conceptos como «mal» o «perversidad», por considerar que pertenecen al ámbito de la filosofía o al de la teología. ¿Es posible explicar en términos estrictamente históricos la magnitud de un plan de exterminio como el ejecutado por el régimen nazi?

–Sí, creo que es posible definirlo en estos términos. Hay que partir del hecho de la demonización de los judíos, incluso antes de la era de Hitler,